

## LA SUERTE DE VOLVER A SER UNA IGLESIA POBRE

Miquel Gual Tortella Profesor del CESAG (Centre d'Estudis Superiors Alberta Giménez).

Para quienes tuvieron la oportunidad de vivir el optimismo de la década de los setenta, una oportunidad que sólo puede tener relación con la cronología personal, no les resulta fácil explicarse el final de un ciclo o el cambio de unas condiciones sociales y eclesiales que parecía iban a tener una duración más larga de lo que de hecho tuvieron. El cambio, no obstante, se ha dado y las condiciones de diálogo entre cristianismo y sociedad, si no quiere afirmarse que son casi nulas, para no parecer tan catastrofista, se tendrá que aceptar que, en la actualidad, son difíciles de mantener. Y no obstante, es en el surco de esta realidad, porque es la única existente y porque no se puede vivir de añoranza, donde hay que sembrar la semilla del reino, si no se quiere perder la identidad referencial que toda comunidad de creyentes debe mantener.

Ante la situación actual, parece que las posturas de los creyentes se polarizan en torno a dos ejes: el de la añoranza y el de la esperanza humilde. No cabe ninguna duda que en muchos sectores de iglesia, y también de la jerarquía, se vive un sentimiento de conmoción; es la añoranza de un poder, definido como poder moral, ejercido sobre la sociedad de una forma global y generalizada, que se encuentra en vías de extinción. Desde esta óptica, la Iglesia es comprendida como maestra y depositaria de la verdad; una verdad, por otra parte, no compartida con otras creencias, sino guardada celosamente, aunque algunos de sus guardianes sean poderes no derivados, precisamente, del evangelio. Mas, no todos los creyentes comparten esta sensación ante el momento presente. Sin dejar de percibir los obstáculos y dificultades del momento, es posible encontrar hombres y mujeres que creen que una Iglesia más humilde y despojada de prerrogativas podrá ser más creíble; por esa razón viven el momento presente como un momento de gracia, un tiempo propicio y repleto de nuevas oportunidades, interpretándolo como un signo de los tiempos que nos invita a releer muchas de aquellas parábolas que sirvieron al Maestro de Nazaret para predicar y explicar la realidad del Reino de Dios.

Hay que afirmar, no obstante, que esta actitud de confianza creyente responde a otra teología, una teología que mira a Dios y que habla de Dios de una manera diferente. Es una mirada sobre Dios que descansa en el Dios del autodespojo. El Dios judeocristiano es el Señor que se conmueve escuchando el clamor de un pueblo pequeño e insignificante, que se deja

enternecer por el sufrimiento del oprimido; es el Dios de la empatía; por eso, baja a liberar a su pueblo (Ex 3). El despojo de Dios no sólo es posible descubrirlo en los inicios de la Historia de la Salvación, sino que se convierte en hilo conductor que explica las sucesivas intervenciones divinas hasta llegar a la encarnación y a la cruz de su Hijo. Aunque pueda parecer paradójico, el poder y la gloria de Dios se manifiestan, sobre todo, en el anonimato de los treinta primeros años de la vida de Jesús en Nazaret; en segundo lugar, a través de las palabras y hechos que acompañan la presentación del programa del Reino y, en definitiva, en su condena a muerte, entendida como el precio pagado por fidelidad a un Reino que se desmarcaba radicalmente, tanto por lo que respecta a sus objetivos como a los medios, de muchas de las expectativas que tenía el pueblo hebreo. En definitiva, todo nos lleva a hablar de un despojo de Dios que, aparentemente, apunta hacia un doble fracaso: el fracaso de un mensaje no recibido y el de una muerte ejecutada como la de un pagano.

De aquí, pues, que cuando la Iglesia toma conciencia de que no ha sido enviada a mostrarse ni a hablar de sí misma, sino que su esencia es ser icono de Dios en medio del mundo, no se avergüenza de sus despojos actuales, sino todo lo contrario, vive el momento presente como un tiempo oportuno (cairos) para transformarse, cada vez más, según la imagen de su Señor. Se descubre enviada preferentemente a los más pequeños y a las minorías, para que lo que inicialmente es una pequeña realidad se convierta, con el paso de los días, en nuevo fermento para un nuevo pan. La Iglesia, además, en las citadas circunstancias, asume una nueva conciencia, la de saberse para la misión; a pesar que tenga que confesar, con mucha humildad, que no siempre resulta fácil descubrir nuevas rutas evangelizadoras; sobre todo, después de haber vivido durante tantos siglos en un régimen de cristiandad. El papa Pablo VI ya advertía, en su carta sobre la evangelización, que aquella no podía consistir, en un momento en el que el cambio de paradigma es tan radical, en mudar simplemente de barniz. El cambio que vive la sociedad de hoy, del cual la Iglesia tampoco puede escaparse, exige unos planteamientos pastorales que vayan más allá de un simple cambio de nomenclatura. El hecho de quedarse en la simple substitución de términos para designar las acciones de siempre, conduciría a una mayor frustración y supondría caer en la trampa de la superficialidad, de la que tan claramente habla 'Evangelii Nuntiandi'. Finalmente, la Iglesia ha de comprometerse, de cara a un futuro inmediato, con la tarea ecuménica. Es decir, la Iglesia del futuro, más que privatizar el mensaje sobre Dios, tendrá que abrirse y hacer camino junto con otras confesiones para mostrar el rostro de un único Dios a un mundo que lo ignora. Esta apertura, no obstante, sólo será factible desde la humildad.